



**EXEQUIAS CELEBRADAS EN MEMORIA DEL EMPERADOR
CARLOS V
EN LA CATEDRAL DE SANTA GÚDULA**

Rafael Portell Pasamonte

Septiembre 2014

El Emperador ha muerto.

Don Carlos, por la divina clemencia Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, único Emperador del Viejo y Nuevo Mundo, Rey de Alemania, de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Sevilla, de Mallorca, de Nápoles, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante, de Lotoringia, de Estiria, de Carintia, de Carniola, de Limburgo, de Luxemburgo, de Güeldres, de Atenas, de Neopatria, Conde de Barcelona, de Flandes, de Tirol, de Habsburgo, de Charolais, de Artois y de Borgoña, Palatino de Henao, de Holanda, de Zelanda, de Ferrete, de Friburgo, de Hanurg, de Rosellón, de Hutfania, de Gorizia, Langrave de Alsacia, Marqués de Borgoña y Margrave del Sacro Romano Imperio Romano, de Oristán y de Gociano, Príncipe de Cataluña y de Suabia, Señor de Frisia, de la Marca Eslovenia y Pordenone, de los pueblos y ciudades de Utrech, de Groninga, de Puerto Haon, de Vizcaya, de Molina, de Salinas, de Triplo y de Malinas, etc. ha muerto en el Monasterio de Yuste las dos de la madrugada del 21 de Septiembre de 1558, pronunciando su última palabra “Jesús”.

Su cuerpo, vestido con su bata de noche y cubriéndole el pecho un tafetán negro, y sobre este, el crucifijo que tanto la Emperatriz como él habían asido al morir, permaneció expuesto sobre su lecho de muerte todo el día 21, siendo velado en todo momento por cuatro religiosos del monasterio jerónimo.

Mientras tanto, en la nave principal, durante la noche, se levantó un catafalco, sobre el cual se colocaron sus insignias, presidiéndolas el Collar de la Orden del Toisón de Oro.

Al día siguiente le colocaron en una caja de plomo, y esta, a su vez, en otra de madera de castaño, siendo trasladado a la Iglesia, dando, a continuación, comienzo las exequias con gran solemnidad, presididas por el Arzobispo de Toledo. La oración fúnebre fue pronunciada por el padre Francisco de Villalba. Los oficios durarían nueve días, observándose en los mismos, con todo rigor, el protocolo Imperial. Al tercer día, y conforme a la que había dejado dicho el fallecido Emperador, se le dió sepultura debajo del altar mayor, *“para que el sacerdote que dijera misa ponga los pies encima de sus pechos y cabeza”*.

Aunque las exequias oficiales se celebraron en Bruselas y en Valladolid, organizadas por el nuevo Rey Felipe II y la Princesa Juana, de Portugal, hermana del finado Cesar, respectivamente, no fueron, lógicamente, las únicas.

En las ciudades, pueblos, villas, aldeas etc. del inmenso Imperio, a medida que recibían la trágica noticia de la muerte del Emperador Carlos V, se celebraban funerales, se oficiaban multitud de misas, se rezaban rosarios y se hacían rogatorios por su alma. Cada población, normalmente, lo hacía con gran voluntad, y todos los gastos originados corrían por cuenta de la Casa del Rey, sin embargo, las principales ciudades compitieron en erigir en su memoria los más espléndidos monumentos funerarios de la arquitectura efímera.

El ceremonial era más o menos el mismo. Se levantaba un monumento de madera pintada recubierto de telas y crespones negros, en el crucero del templo más importante de la localidad. En este se exponía un ataúd simbólico recubierto de brocados y rodeado de cirios y luminarias.

Para inaugurarlos se organizaba una solemne procesión ciudadana con participación de los gremios y las autoridades que se dirigían al templo y, ante el catafalco allí levantado, se desarrollaba un oficio de difuntos, se pronunciaban sermones y

panegíricos, se recitaban poemas y se exhibía una imaginería alegórica que glosaba las virtudes del fallecido.

Se tiene constancia escrita de las honras fúnebres que se celebraron por el alma de Su Majestad Imperial, aparte las dos citadas como oficiales: Barcelona, Toledo, Universidad de Alcalá de Henares, Zaragoza, Santiago de Compostela, Sevilla, Madrid Piacenza, Roma, Nápoles, Florencia, Roma y Milán y en el Nuevo Mundo: Lima y Méjico.

La población participaba activamente en los actos, con manifestaciones públicas de dolor, plañideras contratadas, que proferían sus lamentos atronadores, casi más fuertes que el sonido tambores y timbales, acompañaban a las autoridades en las procesiones y en los templos. Otros, quizás los más, contemplaban los actos para ver la magnificencia y el lujo de las vestimentas que portaban los grandes señores del lugar.

La noticia de la muerte de Carlos V le llegó a Felipe II, el 1 de Noviembre siguiente, encontrándose en Arras, siéndole comunicada por carta escrita por su tía doña Juana. Tan pronto se supo la noticia, partió hacia Bruselas, por el camino recibió la noticia de la muerte de su esposa la Reina de Inglaterra María Tudor, acaecida el 17 de Noviembre. Había dejado de ser Rey de Inglaterra. Esto provocó un problema de protocolo ya que Felipe II no estaba dispuesto a que se confundieran las ceremonias de ambas muertes. Manuel Filiberto de Saboya fue enviado a Londres para que organizase los funerales de la Reina y ocupase su lugar en la ceremonia, mientras que él se dirigió a Bruselas a preparar el funeral paterno. Se declaró luto oficial en Bruselas. Durante cuarenta días estuvieron doblando las campanas en todas las iglesias de Flandes tres veces al día. Felipe II se enclaustró por dos meses en el monasterio de San Grumándola, en oración y recogimiento, hasta el 29 de Diciembre, día en que comenzaron los funerales fastuosos que mandó organizar y cuya descripción completa completaría un voluminoso libro.

La ceremonia de Bruselas fue la más impresionante, no en vano la presidía el mismo Rey. También es la que cuenta con más relaciones y descripciones. El más famoso y completo es el libro de exequias de la ceremonia fue impreso por Christophe Plantin, en Amberes y que se encuentra en la Biblioteca Real Alberto I, de la capital belga. El libro contiene también versiones en latín, francés, flamenco y español y se imprimió con el título *“La magnifique et somptueuse pompe funèbre faite aux obsèques et funérailles du très grand et très victorieux Empereur Charles Cinquième, célébrées en la Ville de Bruxelles le 29 jour du mois de Décembre 1558, par Philippes Roy catholique d’Espagne, son fils”* y que contiene los 34 conocidos grabados de Joannes y Lucas Van Doetichum.

Los funerales comenzaron con una procesión fúnebre, que celebró públicamente con gran boato por las calles de Bruselas durante la tarde del día 29 de Diciembre de 1558, terminando con el Canto de Vísperas del Oficio de Difuntos en la Catedral de San Miguel y Santa Gúdula y con la Misa de Funeral por el Emperador que se realizó al día siguiente.

El cortejo salió del Palacio Real de Conderberg en la Montagne de la Cour, después de un largo recorrido por la ciudad terminó, como punto de llegada, en la Catedral. Como se ha dicho Felipe II lo presidía vestido de gran duelo, con largas loras y tocado con un gran gorro negro y al cuello el Collar del Toisón de Oro, seguido por la Casa del Rey al completo, por los caballeros de la Insigne Orden, por la alta nobleza española y holandesa, grandes jerarquías, pendones imperiales, jinetes y caballeros portando cada uno los estandartes de los diferentes Reinos y Estados que poseía el difunto, a la cabeza de los cuales marchaba el caballo de guerra de Carlos V, con su estandarte personal, la imponente *“La Nave de la Victoria”*, una de las secciones de la misma, más espectacular estaba compuesta por dos grandes monstruos marinos que causaron gran asombro entre la multitud, tanto es así que, todos los relatos se detienen en esta sección, los Reyes de Armas, uno del condado de Henault y otro del

de Artois, perservantes, farautes, las autoridades civiles y militares, los obispos vestidos de pontifical, los superiores de la órdenes religiosas, los jueces, los oficiales reales, los cuerpos colegiados, las cofradías, los clérigos, sacerdotes y todos los frailes de Bruselas, la servidumbre, cuatro atabales cubiertos de tafetán negro con las águilas de oro y trompeteros, arqueros, soldados y hasta un grupo de 200 mendigo que fueron escogidos para la ocasión. Una enorme multitud lo bordeaba portando 2.500 antorchas. La ciudad de Bruselas contempló atónita el desfile funerario, que duró más de dos horas.

La catedral fue dispuesta para la ocasión con nuevos altares, escaleras, crespones negros, armas y emblemas del difunto, todo ejecutado con el extraordinario ceremonial y boato que siempre usaba la Casa de Borgoña.

Ocupando el centro del templo, en el crucero, estaba situado el catafalco levantado expresamente para la ocasión. Tenía forma de baldaquino cuadrado y sobre él se levantaba una estructura de forma piramidal, compuesta por una gran serie de candelabros. Bajo el baldaquino estaba el ataúd vacío, recubierto por un rico manto de brocado del Emperador, con corona imperial encima y el collar del Toisón. A un lado estaba situado el cetro y la espada y la cota de mallas, al otro, la bola del orbe de oro y pedrería, con la cruz y la corona imperial. A su alrededor estaban puestos unos candeleros con los escudos imperiales, las columnas de Hércules, un tapiz con el lema *"Plus Ultra"* y unos leones que simbolizaban a la monarquía castellana. Una enorme cantidad de velones y luminarias inundaban el templo. El conjunto quería aludir al triunfo de la luz sobre las tinieblas.

Los distintos participantes, según fueron ingresando en la Catedral, se fueron colocando en los lugares previstos:

*"A mano derecha de la capilla ardiente y al nivel de la primera columna, encima de tres peldaños, estaba el asiento del rey [...]
Tres pies más abajo, sobre dos peldaños, el lugar reservado al señor duque de Saboya, también persona de sangre real. Y tres pies más abajo, sobre un único peldaño, el sitio de los duques y señores residentes en esta corte"*

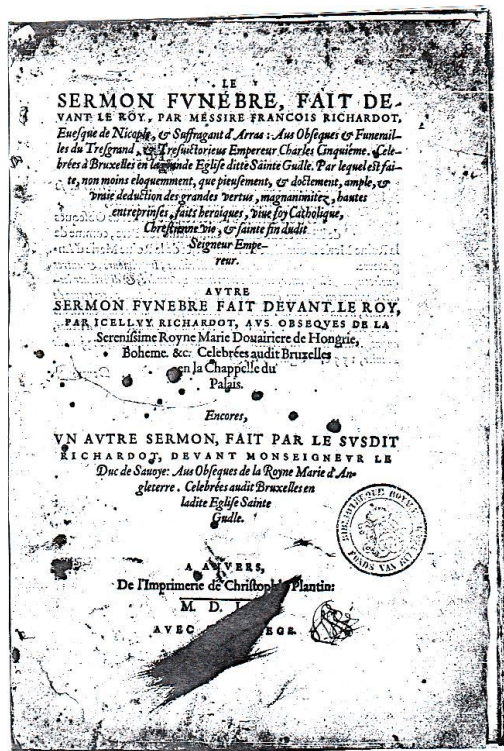
Los demás ocupaban el lugar que les correspondía, de acuerdo con el estricto protocolo borgoñes. A continuación se procedió al ceremonial litúrgico de las Vigilias y acabados los oficios, la comitiva salió del templo en el mismo orden excepto el personal religioso, que se quedó para celebrar dos misas solemnes. El Rey volvió a Palacio, alrededor de las dos de la tarde.

Al día siguiente, se formó nuevamente el cortejo, y con el mismo ceremonial y recorrido que el día anterior, se dirigieron al templo, donde al igual que en la víspera, los participantes ocuparon sus mismos puestos, comenzando acto seguido la misa de Difuntos. Al llegar el momento del ofertorio fueron presentadas las piezas denominadas *"misterios"* y las distintas banderas. El Rey y los altos dignatarios ofrendaron oro y cera, de acuerdo con la tradición. El sermón fúnebre fue predicado por François Richardot, obispo auxiliar de Arrás, que estaba considerado como una eminencia y uno de los mejores oradores de su época. Richardot llamó al fallecido Emperador *"gran Príncipe, gran Emperador y gran Monarca"*. De manera explícita, hizo referencia a monarcas de la antigüedad como Ciro, Alejandro, Augusto y Carlomagno, que también fueron llamados *"grandes"* por sus contemporáneos. En su opinión, este título le corresponde al monarca cuyos grandes actos, las heroicas empresas y éxitos eran admirados en Europa y en todo el mundo. Seguidamente comparó a Carlos V con David, que dejó el poder en manos de su hijo Salomón. A continuación, dirigiéndose a Felipe II, le dio la verdadera clave de la sabia actuación de Salomón respecto al Templo de Jerusalén, recomendándole, usar todos sus recursos y fuerzas para recomponer *"las ruinas del templo"*. Este sermón sirvió para que en la cabeza del nuevo Rey surgiera la idea de levantar un Monasterio que sirviera para dar reposo

eterno a los restos mortales del Emperador, según este había dispuesto en su último testamento.

Terminada la misa de difuntos la comitiva salió del templo en el mismo orden que el día anterior. La ornamentación de la Catedral se dejó sin quitar por espacio de cinco o seis días para que pudiera ser contemplada por el pueblo.

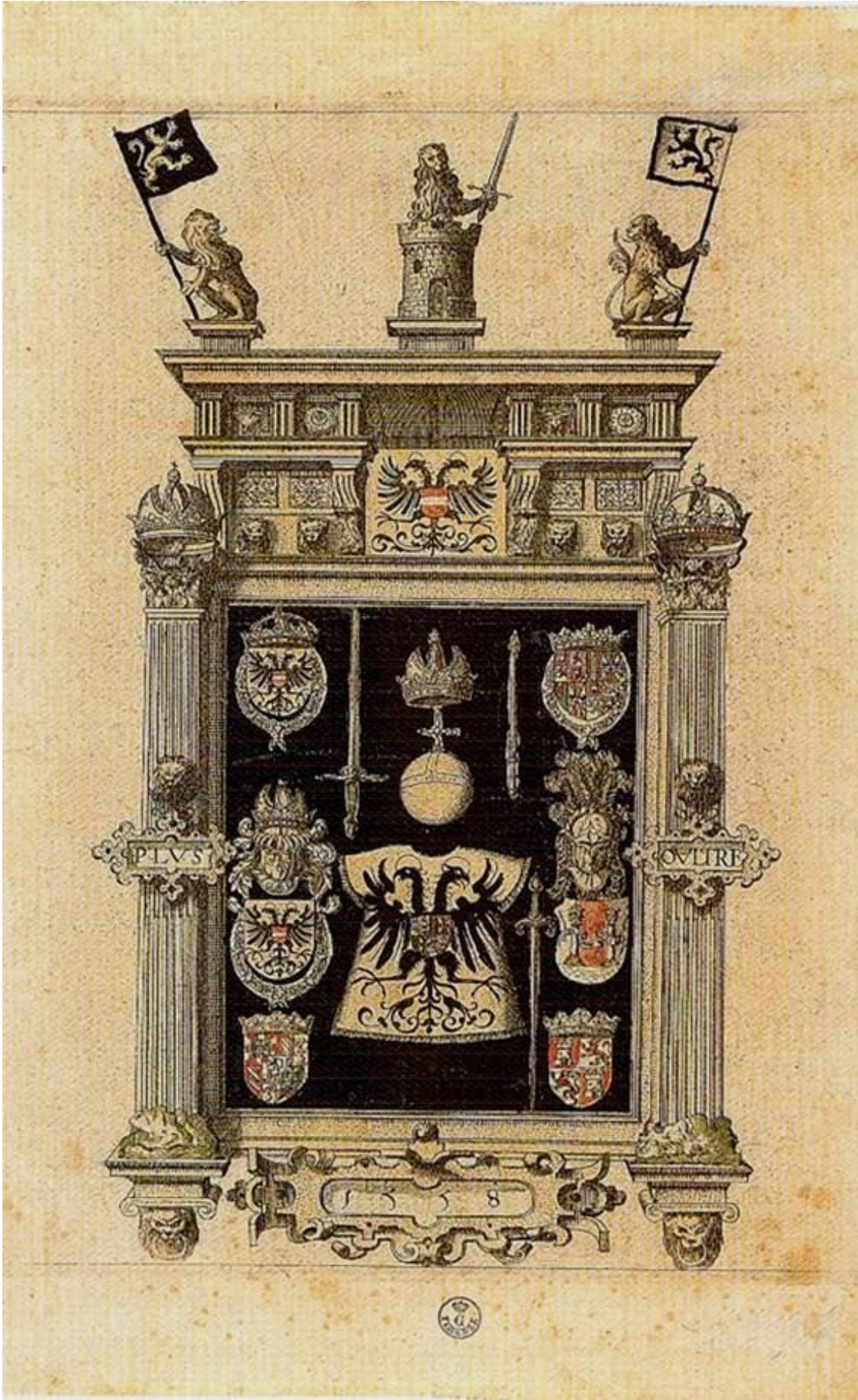
Felipe II en su estancia en los Países Bajos, llegó a conocer y apreciar su cultura; le gustaba su música y el arte flamenco. No obstante, estaba deseoso de volver a España, de donde echaba de menos el clima, el idioma y las costumbres con las que estaba más familiarizado, por eso a los pocos días de terminar los funerales, inició los preparativos para su regreso, dejando en manos de Margarita de Parma el gobierno de Flandes. En Agosto de 1599 embarcó con rumbo a España, desembarcando en Laredo el siguiente día 8 de Septiembre. El día 14 hacía su entrada en Valladolid. Ya no volvería más a los Países Bajos.



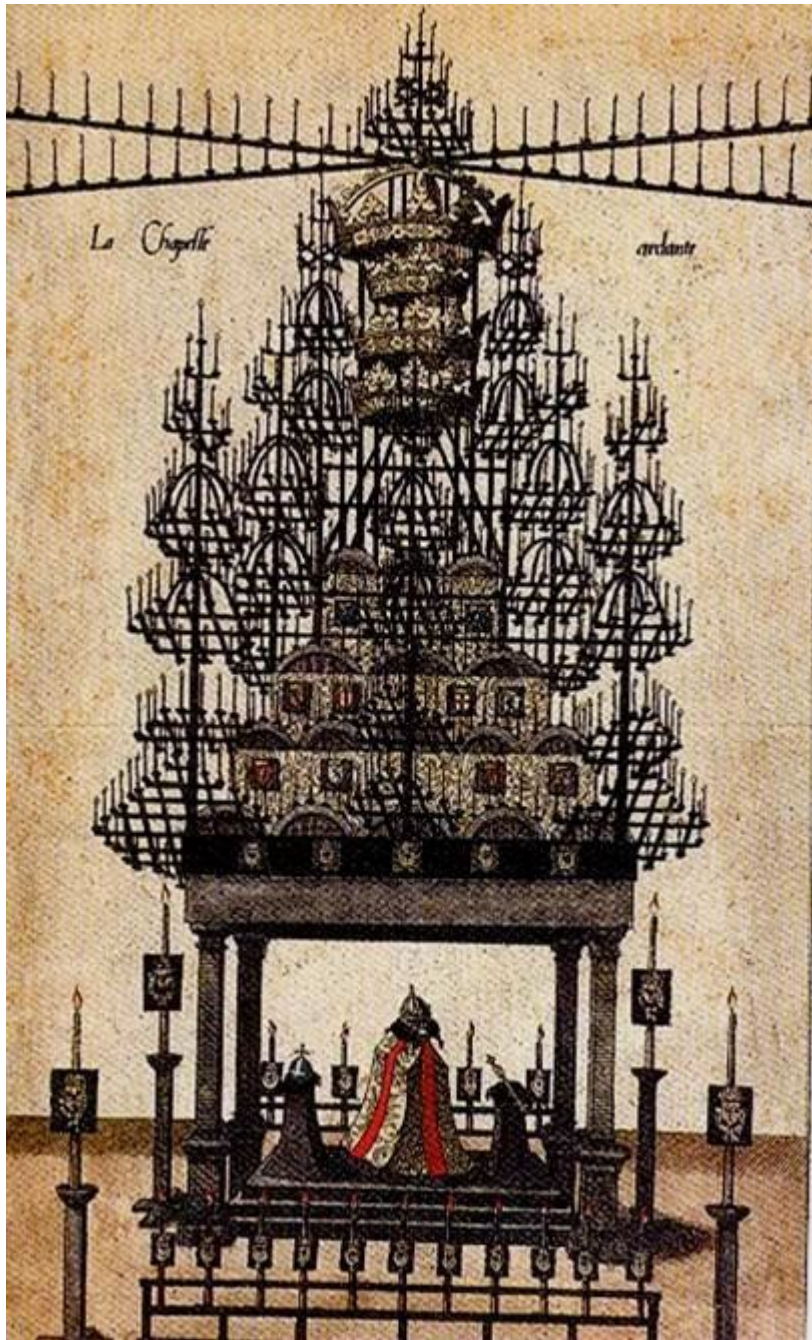
Portada sermón fúnebre



Detalle del Cortejo fúnebre



Armas del Emperador



Túmulo en la Catedral



EL ESCORIAL. La momia de Carlos V